



MANUEL S. IGLESIAS
Socio correspondiente de la Academia Nacional
de Medicina en Veracruz

PANEGIRICO DEL DR. MANUEL S. IGLESIAS CON MOTIVO DE SUS BODAS DE ORO PROFESIONALES.

Allá en los lejanos tiempos de mi infancia visitaba mi casa un adolescente alto y delgado, de fisonomía simpática, alegre y decidor, amigo desde la niñez de mi hermano mayor Belisario. Cariñosamente le llamábamos "Capillas", nombre por el que era conocido por todos sus amigos contemporáneos, porque siendo de chiquillo muy bajito de cuerpo sus compañeros de colegio habían hecho ese diminutivo de su apellido. Mas llegada la pubertad sobrepasó en estatura a todos sus compañeros.

De aquella época le recuerdo jugando ajedrez con mi hermano y

escaparse de sus labios la muletilla de los aficionados a ese noble juego cuando el contrario hace una jugada un tanto cuanto desconcertante: "Muy bien, que cantábais dije, mas no que cantábais bien", refrán o sentencia aplicable según he podido ver muchas veces en toda clase de debates: académicos, científicos o literarios; pero más que nada en los políticos.

Estudiaba entonces medicina y con su elevada estatura y flacura le habían declarado sus condiscípulos candidato nato a la tuberculosis y me ha referido como frecuentemente le percutian y auscultaban formulando un pronóstico sombrío que felizmente nunca se realizó.

Tan no se realizó que hoy hace precisamente 50 años que sustentó en nuestra Escuela su examen general para obtener el título de Médico Cirujano y sigue gozando de cabal salud y en la plenitud de sus facultades tanto físicas como intelectuales.

Para celebrar este fausto acontecimiento que a muy contados profesionistas es dado alcanzar, es justo que esta Academia de la que es socio correspondiente muy cumplido desde ha mucho tiempo, le manifieste su congratulación.

Para ello voy a referir sus datos biográficos más importantes.

Nació el Dr. Manuel Sabino Iglesias en esta Capital el día 30 de diciembre de 1860. Fué su padre Don Rafael Iglesias y su madre Doña Lucrecia Andrade de Iglesias.

Tanto por el lado paterno como por el materno ha estado emparentado con personas que han dado prez y lustre a la nación, a la sociedad y a las letras.

Hermano de su padre fué aquel conspícuo compañero de Don Benito Juárez, uno de los inmaculados, que se llamó el Licenciado Don José María Iglesias. Por el lado materno es de recordarse un colegio muy acreditado que hubo en la calle del Seminario dirigido por las señoritas Andrade en el que se educaron muchas de las jóvenes de las mejores familias que fueron después florones de la sociedad mexicana.

Parientes muy cercanos de Manuel son el reputado historiador Fernando Iglesias Calderón y el renombrado literato Federico Gamboa.

Después de haber recibido su instrucción primaria ingresó al Colegio Militar en 1873 cursando allí sus dos primeros años preparatorios para continuarlos después el año de 1875 en la Escuela Nacional Preparatoria, ingresando a la Escuela de Medicina en 1878.

Era aquella la época feliz de la vida, llena de ilusiones, en que el

porvenir se ve color de rosa sin sospechar que un vendabal puede en un instante deshojarlo.

Así sucedió desgraciadamente a Manuel al terminar sus estudios para obtener el ambicionado título de Médico; pues el 23 de noviembre de 1882 cuando apenas había pasado un mes escaso de los exámenes del último año, falleció su venerable padre; así es que al sustentar el examen profesional en los días 8 y 9 de febrero de 1883, el dorado sueño se había convertido en la dura necesidad de atender a la subsistencia de su querida madre y cuatro hermanos menores, hallándose con las obligaciones de jefe de familia en plena juventud.

Carente de recursos pecuniarios vióse en la necesidad de ingresar al Cuerpo Médico Militar renunciando a crear clientela y prestigio en esta Capital.

En vez de ello comenzó para él el calvario de la mayoría de los médicos militares de andar corriendo de Herodes a Pilatos, de no tener por mucho tiempo residencia fija, sin poder formar clientela, de estar sujeto a la férrea disciplina militar y aun más que a ella a los caprichos, ineptitud e ignorancia de malos jefes adquiriendo la triste, pero irremediable experiencia de lo que son esas situaciones mixtas en las que no se disfruta de las ventajas de la profesión médica ni de las de la carrera de las armas y se resienten en cambio los inconveniente de ambas.

Así le sucedió que enviado a servir a un regimiento de caballería que radicaba en Morelia y que a pocos meses vino a esta Capital con gran contento de la madre de nuestro biografiado, poco duró ese gozo, porque a poco recibió orden de marchar a Sinaloa a incorporarse a las fuerzas que perseguían al famoso bandido Heraclio Bernal, campaña que duró desde el año de 1884 a 1888 sin residencia fija en ninguna población durante todo ese tiempo. Capturado al fin Heraclio Bernal, fusilado y hecha la necropsia por el Dr. Iglesias, fué éste traído a esta Capital cuando por aquellos rumbos había adquirido ya buen crédito profesional. No era sin embargo desagradable el traslado; pero poco duró también en esta ocasión el gozo; pues a los pocos meses recibió orden de partir a Veracruz, en donde felizmente para él y para el puerto, que grandes bienes le debe, ha pasado todo el resto de su vida con muy cortas interrupciones: una breve estancia en Tampico, otra en Papantla y otra muy corta en esta Capital para sustentar lucida oposición a la plaza de profesor adjunto de Medicina Legal Militar, en la que si el puesto le fué otorgado a su competidor Dr. Federico Abrego, el jurado le reconoció la aptitud para desempeñarlo con provecho.

En medio de los sinsabores de la campaña en el Estado de Sinaloa se verificaron durante ella dos hechos que tuvieron influencia posterior favorable en su vida. En el año de 1886, en que la fiebre amarilla existía desde el año anterior en forma epidémica, enfermó de ella en forma abortiva, lo que le inmunizó, adquiriendo con tal motivo la ventaja de que cuando fué trasladado a Veracruz, el foco principal de la endemia, se encontraba a salvo de un nuevo ataque y pudo dedicarse sin temor de ningún género tanto al cuidado de los enfermos de ese temible mal cuanto al estudio y realización de las medidas higiénicas y profilácticas para lograr dominarlo y extirparlo, como a costa de esfuerzos, constancia y dedicación, a la postre lo consiguió logrando quitar a nuestro principal puerto el sambenito que era un obstáculo para su progreso y aun para el resto del país por ser su principal entrada.

Cierto es que aunque no hubiera adquirido la inmunidad de ninguna manera hubiera vacilado en cumplir con sus deberes; pero por una parte pudo haber sido víctima de la enfermedad que le habría arrebatado a la obra benéfica emprendida y por otra parte la tranquilidad de ánimo, que aun inconscientemente da la confianza de estar ya nuestro organismo a salvo del peligro, contribuye a trabajar con mayor confianza y seguridad.

El otro hecho verificado en Sinaloa correspondió a su vida íntima. En el año de 1888 contrajo matrimonio en Cosalá con la virtuosa señorita Sara Urrea y esa unión venturosa, de la que nació numerosa prole, ha sido un elemento de felicidad del hogar que ha persistido a través del largo tiempo transcurrido desde su iniciación.

Esa vida militar de campaña fortaleció además su carácter y favoreció el desarrollo de sus cualidades de energía y disciplina que tan útiles habían de ser más adelante para triunfar en las campañas higiénicas que habría de tener a su cargo.

Porque su estancia en Veracruz trazó el derrotero definitivo de su vida. En el año de 1891 fué nombrado Delegado del Consejo Superior de Salubridad en el puerto y a desempeñar con tino y honor tan importante puesto consagró desde entonces todos sus afanes. Fué el fundador de ese servicio, que anteriormente no existía, pues el Municipio, a cuyo cargo se encontraba ese servicio lo tenía enteramente descuidado. Al tomar posesión de su empleo el Dr. Iglesias no había ni edificio en que establecer la Oficina, ni el más rudimentario aparato de desinfección, ni embarcación para ir a pasar visitas a los buques, ni ayudantes de ninguna especie, oficinista ni técnico. Poco a poco y con la ayu-

da y protección del Presidente del Consejo, Dr. Don Eduardo Liceaga, de inolvidable memoria para todo lo que a salubridad pública en nuestra patria atañe, fué corrigiendo todas esas deficiencias hasta llegar a establecer un servicio sanitario marítimo internacional a la altura de los primeros puertos del mundo civilizado, debiéndose a sus esfuerzos como médico higienista y a los del ingeniero inspector de las obras del puerto Don Emilio Lavit, la construcción de la Estación Sanitaria, modelo en su género, alabada por propios y extraños.

La parte más importante de su vida ha sido la campaña emprendida desde 1903 a 1908 para combatir la fiebre amarilla. Esta campaña Manuel Macías, Anastasio Yturralde y Carlos Manuel García, fué coronada por el éxito más completo; pues ese terrible azote, hidra formidable, fué totalmente aniquilado, no habiéndose vuelto a presentar nuevo brote de la enfermedad sino hasta el año de 1920 en que ya él no estaba encargado del servicio, en el que había sido cesado como todo el personal del antiguo régimen al triunfo de la Revolución en 1914.

No fué su único galardón de gloria haber acabado con la fiebre amarilla. También en el año de 1912 en que apareció la peste bubónica en La Habana y en Nueva Orleans, logró impedir gracias a acertadas medidas de vigilancia y no obstante el intenso tráfico de buques que había entonces con esos puertos, que se introdujera a Veracruz.

Sus labores sanitarias en la ciudad y en el puerto mejoraron también en general las condiciones de salubridad, tanto que el promedio anual de mortalidad que era de 63.31 por mil del año de 1891 al de 1903 descendió a 36.26 por mil en el comprendido entre 1904 y 1914.

Del Cuerpo Médico Militar se había separado en el año de 1900 y en la Escuela Naval Militar desempeñó la cátedra de Química hasta el consabido 1914 en que fué suprimida dicha Escuela. Restablecida algún tiempo después por corto tiempo se le encomendó la clase de Higiene Naval Militar.

Ha vivido desde que fué cesado en sus empleos consagrado exclusivamente al ejercicio de su profesión en la propia ciudad de Veracruz donde es generalmente estimado por su honradez, su saber y su filantropía.

Muy recientemente ha tenido la gran satisfacción de que aunque tardíamente se le han reconocido sus méritos por sus eficientes servicios en pro de la salubridad pública.

A moción del Dr. Adolfo Ferrer y de la Sociedad Médica Vera-

cruzana el Gobierno de la República de Cuba le otorgó la condecoración de la Orden Nacional de Mérito "Carlos Finlay" con el carácter de Caballero, la que le fué impuesta, previa la licencia del Congreso de la Unión, por el Cónsul de la República de Cuba en sesión solemne de la Sociedad Médica Veracruzana el sábado 21 de enero próximo pasado.

El Congreso de la Unión también, a petición del Jefe del Departamento de Salubridad, Dr. Gastón Melo y con acuerdo del C. Presidente de la República para hacerla, le concedió en el último período de sesiones una pensión por los importantes servicios que desempeñó durante 24 años en el Servicio de la Salubridad Pública.

Sus actividades científicas nunca se limitaron al desempeño de sus labores oficiales. Es miembro correspondiente de nuestra Academia desde el 8 de agosto de 1894 y numerosos son los trabajos que ha enviado, habiendo venido a leer algunos de ellos personalmente. Ha sido sin duda uno de los socios más cumplidos, pues sólo excepcionalmente y por motivos poderosos ha dejado de cumplir con su turno de lectura reglamentario.

También es miembro activo de la Asociación Americana de Salubridad Pública de la que ha tenido la honra de ser nombrado Vicepresidente en 3 ocasiones. Es miembro fundador de la Sociedad Médica Veracruzana y ha sido su Presidente en dos períodos.

Por la lista adjunta se tendrá idea de lo numeroso de sus trabajos y de los importantes temas de que se ha ocupado.

La mayoría de sus trabajos versan sobre temas de higiene y los más interesantes son sin duda los concernientes a la fiebre amarilla, los cuales son en número considerable y en los que se puede apreciar mejor que en cualesquiera otros sus vastos conocimientos y la evolución de sus ideas al tenor de los progresos que se iban realizando en la profilaxis basada en principios que si durante algún tiempo fueron considerados como hipotéticos y vistos por lo mismo con desconfianza, fueron con el tiempo confirmados por hechos rigurosamente científicos.

En todos sus escritos se dejan ver las cualidades de su espíritu: claridad, sinceridad, firmeza de convicciones.

Rindamos homenaje a quien durante cincuenta años de ejercicio de la profesión ha dado ejemplo de cómo se cumple con las sagradas misiones a ella inherentes con caballerosidad, altruismo, dignidad y honradez.

México, febrero 8 de 1933.

R. E. Cicero.